

**JOAQUÍN V. GONZÁLEZ**

**LA FÁBULA MAESTRA**

Así, poeta, si en tus fabulillas  
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,  
prefiero releer al viejo Esopo,  
que siendo esclavo levantó al humilde  
y castigó del fuerte la soberbia.  
Tienes que hacer justicia a nuestra raza  
y a cada uno; innúmeros tesoros  
de gracia y ciencia te saldrán al paso  
si con bondad y amor tu actor estudias,  
y revelas sus rasgos exclusivos,  
sus defectos y faltas, pues, no ignoras  
que la comparación es gran criterio...  
Luego, los vicios colectivos saltan  
a los ojos de un ciego, si se exponen  
sin miedo y con verdad; que la censura  
airada y páfida del aludido  
no es "Voz de Dios", sino amenaza ficta  
que atemoriza al ánimo cobarde,  
pero se inclina ante el probado acero.  
Siempre es joven la fábula, interesa  
al niño y al anciano por razones  
idénticas; si envuelta en bello estilo  
por personajes propios, la doctrina  
surge espontánea de la acción, entonces,  
irá más hondo en la ávida conciencia  
del escolar, quien, por seguro instinto,  
resiste todo lo que sabe a dogma.  
¡Ah! el más grave mal de los maestros

es ignorar del niño la potencia  
sensitiva y mental, con que aparece  
en el mundo provisto, y el acervo  
acumulado de ancestral origen;  
y las revelaciones de los ojos,  
las confidencias del acorde ambiente,  
la caricia primera de la madre  
que el ritmo humano de su vida imprime,  
y el primer beso de la luz, que sella  
la comunión universal de su alma...  
¡Y enseña que te enseña, y amontona  
fórmulas sobre fórmulas sin vida!  
Entretanto, el espíritu del niño,  
como el torrente subterráneo, corre  
libre, espontáneo, férvido, impetuoso,  
fecundando los campos de su mente,  
hasta el día feliz en que el andamio  
inútil de la escuela se desploma.  
Es preciso que el niño algo descubra  
por sí y su solo esfuerzo, como hacemos  
nosotros en el aire; ¿quién en el canto  
nos da lecciones con horario fijo,  
y sujeta a medidas los impulsos  
de nuestro genio?  
-¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices  
de la Calandria pedagoga, goga,  
goga, que nunca presencié una clase  
sino de canto libre aquí en las peñas?  
Pero te engaño, porque he conocido  
las maestras de una escuela de aquel pueblo,  
hoscas, malhumoradas, tercas, duras,  
con los pobres chiquillos que pedían  
caricias y lecciones maternas,  
como las que nosotras, las calandrias,  
damos a nuestros chicos, con los picos,  
con la unción amorosa que hace fuego  
da nada, en la ceniza, en las escorias,  
donde el amor chorros de ciencia extrae,  
porque es amor y nada más...

**La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta  
Ortíz.**



**JOAQUÍN V. GONZÁLEZ**

**LA FÁBULA MAESTRA**

Así, poeta, si en tus fabulillas  
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,  
prefiero releer al viejo Esopo,  
que siendo esclavo levantó al humilde  
y castigó del fuerte la soberbia.  
Tienes que hacer justicia a nuestra raza  
y a cada uno; innúmeros tesoros  
de gracia y ciencia te saldrán al paso  
si con bondad y amor tu actor estudias,  
y revelas sus rasgos exclusivos,  
sus defectos y faltas, pues, no ignoras  
que la comparación es gran criterio...  
Luego, los vicios colectivos saltan  
a los ojos de un ciego, si se exponen  
sin miedo y con verdad; que la censura  
airada y pérfida del aludido  
no es “Voz de Dios”, sino amenaza ficta

que atemoriza al ánimo cobarde,  
pero se inclina ante el probado acero.  
Siempre es joven la fábula, interesa  
al niño y al anciano por razones  
idénticas; si envuelta en bello estilo  
por personajes propios, la doctrina  
surge espontánea de la acción, entonces,  
irá más hondo en la ávida conciencia  
del escolar, quien, por seguro instinto,  
resiste todo lo que sabe a dogma.  
¡Ah! el más grave mal de los maestros  
es ignorar del niño la potencia  
sensitiva y mental, con que aparece  
en el mundo provisto, y el acervo  
acumulado de ancestral origen;  
y las revelaciones de los ojos,  
las confidencias del acorde ambiente,  
la caricia primera de la madre  
que el ritmo humano de su vida imprime,  
y el primer beso de la luz, que sella  
la comunión universal de su alma...  
¡Y enseña que te enseña, y amontona  
fórmulas sobre fórmulas sin vida!  
Entretanto, el espíritu del niño,  
como el torrente subterráneo, corre  
libre, espontáneo, férvido, impetuoso,  
fecundando los campos de su mente,  
hasta el día feliz en que el andamio  
inútil de la escuela se desploma.  
Es preciso que el niño algo descubra  
por sí y su solo esfuerzo, como hacemos  
nosotros en el aire; ¿quién en el canto  
nos da lecciones con horario fijo,  
y sujeta a medidas los impulsos  
de nuestro genio?  
-¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices  
de la Calandria pedagoga, goga,  
goga, que nunca presencié una clase  
sino de canto libre aquí en las peñas?  
Pero te engaño, porque he conocido  
las maestras de una escuela de aquel pueblo,  
hoscas, malhumoradas, tercas, duras,  
con los pobres chiquillos que pedían

caricias y lecciones maternas,  
como las que nosotras, las calandrias,  
damos a nuestros chicos, con los picos,  
con la unción amorosa que hace fuego  
da nada, en la ceniza, en las escorias,  
donde el amor chorros de ciencia extrae,  
porque es amor y nada más...

**La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.**

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

